

Esta es la leyenda lúgubre, roja y negra, de una noche de infortunio en nuestros anales patrios — serie de sangrientas lides y refriegas heroicas, duelos en que se envolvieron en crespones luctuosos nuestras águilas —... Mas de las tinieblas de tantas catástrofes surgen claridades de aurora, alba de las futuras epopeyas!...

.....

¡ Mirad el ejemplar desfile, oh Ejército, oh juventud nacional!

¡ Hacia el Porvenir!



I

## LA BATALLA DE PALO ALTO



General Antonio López de Santa Anna,  
Presidente de la República Mexicana.

I

## LA BATALLA DE PALO ALTO

¡ En qué triste situación se encontraba nuestro llamado *ejército del Norte* cuando definitiva y oficialmente se rompieron las hostilidades entre el gobierno de los Estados Unidos y nuestro entonces revuelto y desdichado país!

Tropas veteranas, acostumbradas á las más duras privaciones, casi desnudas, muertas de hambre, estaban abandonadas en duros climas, teniendo que batirse constantemente desde hacía más de diez años, ya con los *texanos* rebeldes, ya con las hordas que pululaban entonces por aquellas regiones.

Innumerables y constantes fatigas abrumaban las infelices huestes del Norte, que no contaban sino con un malísimo armamento, con escasas municiones y con heterogénea, pesada y antigua artillería, falta de trenes propios y sin ganados de tiro.

La oficialidad compartía también la miseria de la tropa, teniendo sus *haberes* en continuo atraso, viéndose obligada á particulares trabajos para ayuda de su sustento, acudiendo al servicio militar á la hora del

peligro, dispuestos á batirse briosamente con el enemigo á la orden de sus jefes, mientras allá en el interior de la República estallaban los *pronunciamientos* de los cuerpos preferidos y mimados por los gobiernos tiranos que se sucedían unos á otros, tras intrigas odiosas y atentados atroces.

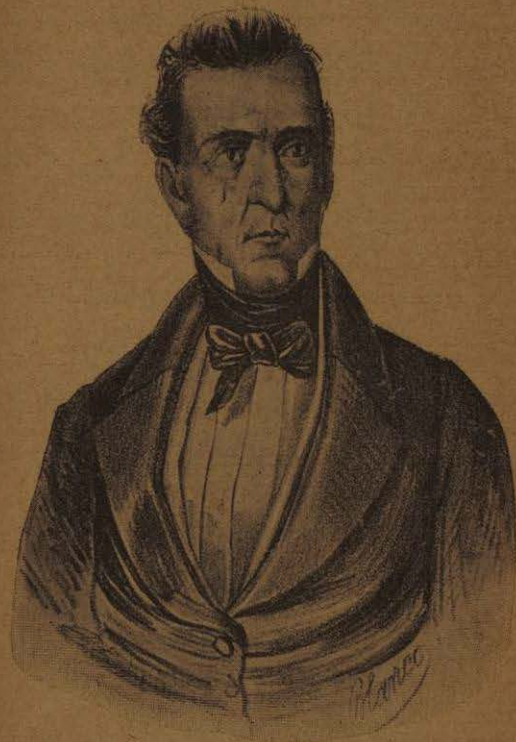
Poco antes de que estallara la guerra el gobierno del general Herrera dirigió su mirada á ese valiente y malogrado ejército, para que fuese el que contuviera el torrente invasor, enviándole por refuerzos dos divisiones al mando de los generales Filisola y Paredes; pero los abominables manejos de odiosos traidores detienen en su marcha estas tropas cuya misión cambió de súbito, volviendo sus armas contra el mismo corazón de la patria cuando el enemigo presentaba sólido y terrible ejército para invadirnos!

En efecto, el 15 de Enero de 1846 recibía órdenes el general norteamericano Zacarías Taylor de avanzar con sus tropas en el Norte hasta Matamoros, estableciéndose antes en la ranchería llamada del *Frontón de Santa Isabel*.

Nuestro *ejército del Norte* á la noticia de este movimiento se concentró en aquella ciudad, al mando del general Mejía.

Los bravos habitantes del *Frontón* incendiaron sus chozas, devastando los campos, para no dar subsistencias al enemigo de su patria, replegándose hacia las márgenes del río Bravo. ¡Digna conducta que si hubiese sido imitada por todas las poblaciones amagadas por el invasor, habría hecho costosísimo el triunfo; pero en el interior del país había un ofuscamiento enfermizo y una debilidad inmensa que abrumaba los ánimos esterilizando todas las energías!

El ejército norteamericano ocupó sólidamente el *Frontón*, estableciendo grandes y bien provistos almacenes de guerra á donde fueron llegando largos trenes



James Nox Polk,

Presidente de los Estados Unidos que declaró la guerra á México.

de carros con buenos víveres, municiones y repuesto de armamento y equipo, poniéndose en comunicación con las fuerzas marítimas del Golfo.

Una vez bien establecida la base de operaciones del

ejército de Taylor, hizo avanzar este jefe parte de sus fuerzas hasta ponerse frente a la plaza de Matamoros, en la margen derecha del Bravo.

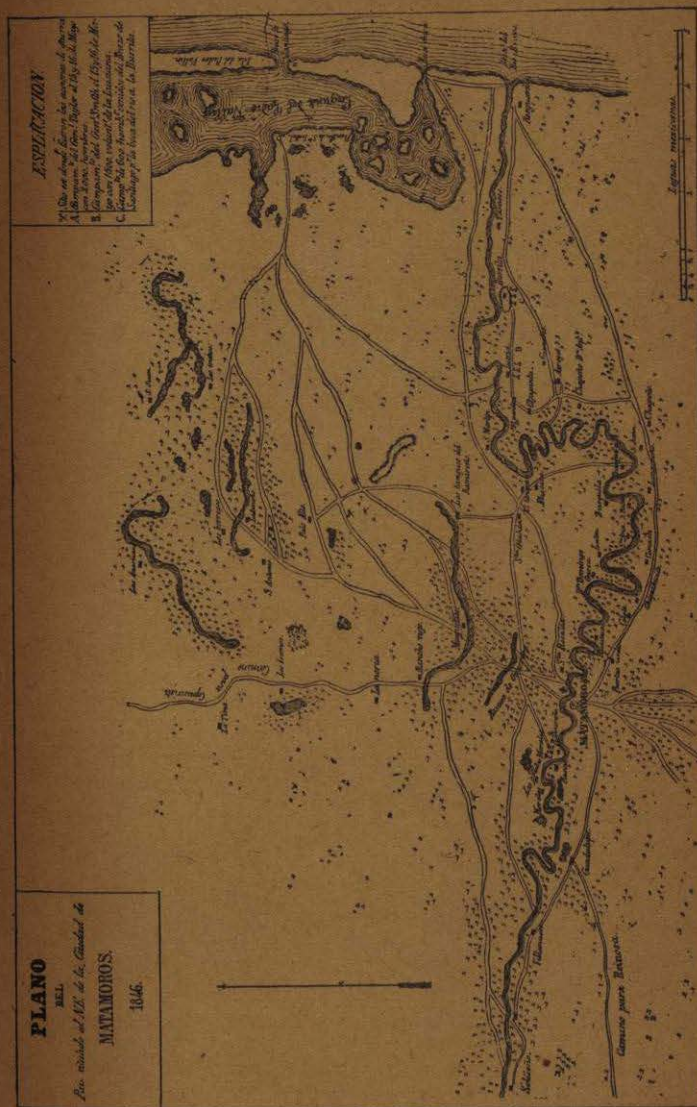
En un remanso del río, á cubierto de las baterías de la plaza, se levantó una obra de fortificación, llamada fuerte Brown, donde se instalaron parte de las tropas americanas con su artillería.

En Matamoros se habían emprendido débiles obras de defensa, la que era muy difícil, abierto como estaba por todas partes, excepto por el lado del río.

No obstante, se construyó un reducto al Oeste de la ciudad, á 500 metros de la margen del Bravo, dominando el paso llamado de las Anacuitas; otro más pequeño que éste en el Paso Real, y á 200 metros, en la misma dirección, una flecha cuyos fuegos se cruzaran con los de los anteriores, así como se instaló una batería entre aquellos dos, dentro de un bosque.

La guarnición de la plaza constaba en un principio del Batallón de Zapadores, los Regimientos de infantería 2º Ligero, 1º y 10º de Línea; 7º de caballería, Auxiliares de las villas del Norte; varias compañías presidiales y un batallón de Guardia Nacional de Matamoros. La artillería la formaban 20 piezas de campaña. Á estas fuerzas se unieron, procedentes de Tampico, el 6º de infantería y el batallón y compañía « Guarda Costa » de aquel puerto, haciendo un total de cerca de 3000 hombres.

El 11 de Abril llegó á la plaza el general Ampudia, que venia de México, al frente de una división compuesta del primer Regimiento de caballería Ligero de México, el cuarto de Línea, los batallones activos de México, Puebla y Morelia, el 8º de caballería y 6 piezas de campaña: total: 2200 hombres.



El general Ampudia había sido nombrado por el Gobierno mexicano, General en jefe del Ejército del Norte.

Desde que llegó á Matamoros, á donde se adelantó á marchas forzadas, hizo activar los trabajos de defensa disponiéndose á ejecutar su plan de ataque sobre los americanos, el que consistía en pasar el río y atacar sin pérdida de tiempo al enemigo antes que se organizara con más numerosas fuerzas; mas sucede entonces que el Gobierno le quita el mando en jefe, nombrando en su lugar al general Arista, quien desde luego le ordena que suspenda toda operación ofensiva hasta que se le una.

Irritado Ampudia con esto y soñando en un triunfo seguro, intenta desobedecer y trata de ejecutar su plan de ataque, reuniendo previamente una junta de guerra en la que expuso su decisión; mas los generales y jefes subalternos entre los que no era popular y por cuyas observaciones, expuestas en diversas cartas y notas al gobierno, se le había quitado el mando en jefe, se opusieron á secundarlo.

Entonces no tuvo más remedio que esperar la llegada del general Arista, devorando su rabia y su envidia.

¡ Desde ese momento se arrojó en aquel ejército, — que debía ser todo unión y confianza en la voluntad y talento del jefe director, — la discordia más abominable, una de las fuentes principales de todas y cada una de las sangrientas catástrofes de esa guerra de infausta memoria y de tan dolorosas enseñanzas para el ejército mexicano!

Ya podía desde entonces preverse la falta de unidad de acción en nuestras tropas, obra de repugnante y

execrable egoísmo de muchos de los jefes que habrían de batirse aisladamente, sin concurrir con sus esfuerzos al objetivo de un plan estratégico ó táctico, bajo una dirección superior y única.

¡ Ya tendremos que ir haciendo siempre, después de cada función de armas de esta campaña, la misma trisísima observación!

Mientras llegaba el general Arista las tropas americanas proseguían con gran actividad sus trabajos de defensa y ataque en el fuerte Brown, apenas hostilizados por algunas partidas de caballería mexicana que solían sorprenderlos entre el Frontón de Santa Isabel y el río Bravo.

Habiendo llegado Arista al rancho del Solinceño, hizo reunir allí toda la caballería, el Batallón de Zapadores y dos compañías ligeras, fuerza que á las órdenes del general Torrejón pasó el río el día 24 de Abril, yendo á situarse sobre el camino del Frontón á Matamoros, con el objeto de cortar sus comunicaciones al enemigo, obligándole á dar batalla para recuperarlas.

Naturalmente este plan fué censurado por el general Ampudia.

El resto de las tropas 12 piezas de artillería se dirigieron á pasar el río para unirse con la primera sección; pero este movimiento fué advertido por las avanzadas de Taylor, y como no se llevaron barcas para pasar rápidamente, la operación se dilató cerca de 24 horas, dando tiempo á que el adversario evitara ser envuelto y atacado con fuerzas superiores, pues al punto el mismo general Taylor con 2 000 hombres, del fuerte Brown se había dirigido al Frontón.

Evidentemente que si el paso del río se ejecuta con rapidez, la derrota de los americanos habría sido segura.

¡Quién sabe entonces lo que hubiera influido este primer triunfo en el curso de la guerra!

Arista ve frustrado su primer plan; mas comprendiendo que Taylor regresaría por el mismo camino en auxilio del fuerte Brown, dispuso que la plaza de Matamoros lo hostilizara con sus fuegos en tanto que Ampudia al frente del 4º de infantería, el batallón de Puebla, dos compañías de Zapadores, 200 hombres del Regimiento auxiliar de las villas del Norte, el batallón de Morelia y 4 piezas de artillería, atacaba el campamento y el citado fuerte, por la margen opuesta.

Libróse un terrible combate el día 5 de Mayo. Nuestras fuerzas lanzadas vigorosamente al asalto, después de un vivo cañoneo, se apoderaron de las obras exteriores de la fortificación; su jefe, el Mayor Brown, cayó herido de gravedad defendiéndola heroicamente, y ya estaba á punto de rendirse aquella cuando sabe Ampudia que el general Taylor con 3000 hombres y numerosa y buena artillería avanza del Frontón en auxilio del fuerte.

Entonces, desistiendo del asalto del punto, volvió la fuerza mexicana rumbo al campamento de Palo Alto.

Allí, sobre una amplia llanura, se formaba en batalla el cuerpo de ejército del general Arista, frente al enemigo que ocupaba desde la mañana del 8, bajo la dirección del general Taylor, posiciones apropiadas para que su ejército maniobrara según las circunstancias, oculto tras el pasto, intentando evitar el encuentro de nuestras tropas, para reunirse con las suyas frente á Matamoros, llevando tras sí hacia las posiciones ofensivas de la margen derecha del Bravo, un gran tren de provisiones de boca y guerra.

El general Arista, cuyo campamento había estable-

cido en los tanques del Ramireño, retrocediendo de Palo Alto donde primero se encontraba, por falta de agua, fué á presentar sus tropas en batalla, cuya línea se formó después del mediodía.

Se apoyó la derecha en una pequeña altura, y la izquierda sobre terrenos pantanosos, formando los batallones y regimientos de infantería en una sola línea, tras de la que se colocaron dos pequeñas columnas de caballería, entre cuyo intervalo se situó una batería de dos piezas ligeras. Á eso de las dos y media de la tarde se reforzó nuestra batalla con las tropas que traía el general Ampudia, después del ataque del fuerte Brown, formando por parte nuestra el ejército mexicano en disposición de combatir, unos 3000 hombres y 16 piezas de artillería.

Las baterías enemigas integradas con cañones de grande alcance, hasta cuyo emplazamiento no podían llegar los proyectiles de las nuestras, rompen de súbito un vivísimo fuego sobre las apretadas columnas mexicanas que iban entrando lentamente en línea de batalla. Nuestras baterías contestaron entonces; pero sus fuegos no tenían el alcance necesario y apenas sirvieron para dar ánimo y confianza á las mexicanas tropas, ansiosas de combatir cuerpo á cuerpo con los enemigos extranjeros que por primera vez las desafiaban!

Momentos antes de que tronara el primer cañonazo, el general Arista recorrió á caballo todo el extenso frente de las tropas desplegadas en batalla, arengando á los batallones con vivísimas frases de entusiasmo, clamando *vivas* á la República y á la Patria, al desplegarse las banderas y estandartes, en tanto que los clarines rompían en alegres coros, y las cajas de guerra

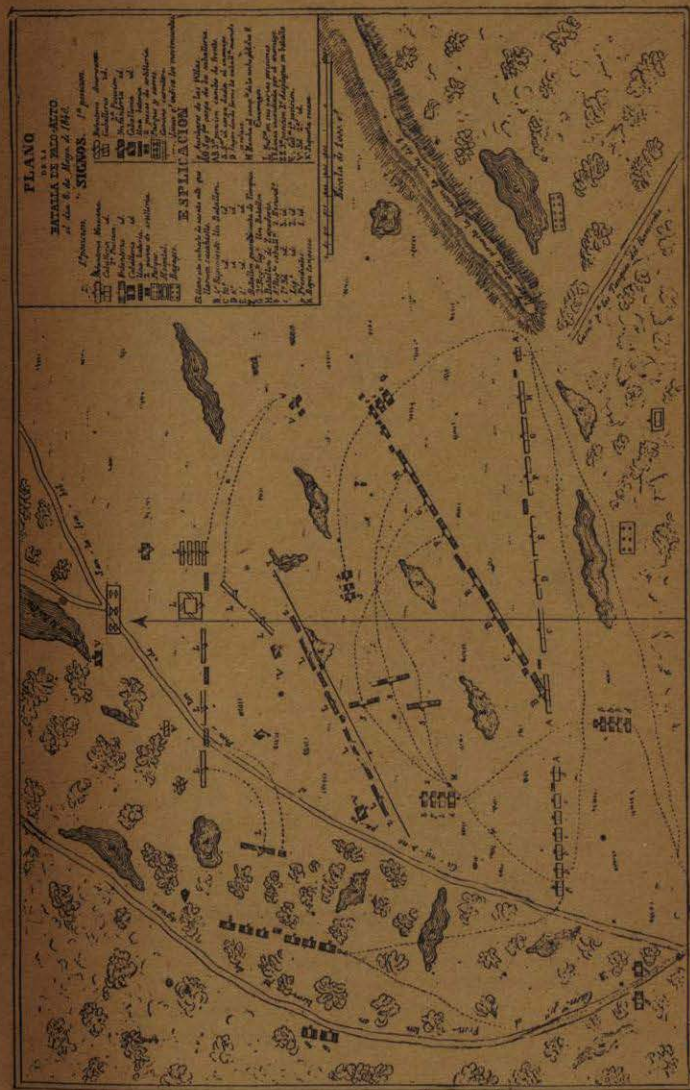
retumbaban sus redobles en las dianas, acompañando la ronca gritería de las tropas delirando por el combate!....

Y en tanto, allá á lo lejos, en el fondo de la llanura, tras los espesos y altos *zacatales*, la primera línea del ejército americano, toda compuesta de cañones, apenas sostenidos por compañías de infantería y caballería, disponíase á vomitar su metralla y á escupir el hierro de sus balas, tranquila, á cubierto y á mansalva, puesto que hasta sus posiciones no llegaron las nuestras.

El general Taylor, cuyas fuerzas componían los *batallones veteranos 3º, 4º, 5º y 8º de Infantería*, fuertes y bien montados escuadrones de caballería, más una batería de *á dieciocho y dos ligeras*, intentó pasar sobre nuestro flanco derecho para seguir por el camino de Matamoros, ocultando este movimiento frente á nuestras tropas, primero con el fuego de sus baterías, y después con el incendio del pasto, cuyas espesas humaredas tendieron enorme cortina sobre sus posiciones.

Arista comprende la intención de su adversario, y, tratando de impedirlo, hace destacar al general Torrejón con una columna de caballería, sobre el ala derecha enemiga, intentando envolverla por ese lado, al mismo tiempo que la línea de batalla mexicana verificaba un cambio de frente á la izquierda, ejecutando una enorme conversión bajo el fuego certero de las baterías americanas que abrían espantosos claros en nuestras filas sin que de ellas partiera un solo tiro.....

La columna de nuestra caballería, barrida por los cañones enemigos, galopando en torno de terrenos cenagosos, se va desmoronando; se amontona — y sin



poder, — lo mismo que la infantería, — batirse con los contrarios á los que apenas adivina tras el humo del pasto y el fuego de su artillería, tiene que retroceder en desorden, permitiendo á los contrarios el paso que se les disputaba; pero el cambio de frente de la línea de batalla que amenaza envolver á Taylor, se lo impide....

Destaca el general americano parte de su caballería sobre nuestra derecha, apoyando una batería que durante algún tiempo enfiló espantosamente los batallones mexicanos.....

Hubo una desesperación infinita entre nuestros bravos soldados al verse y al sentirse así tan hechos pedazos por el plomo y el fuego del adversario que llovía sobre ellos en huracanadas ráfagas de muerte!... ¡Y resbalar y caer sobre la sangre de los compañeros, recibir como ellos la muerte, sin haberla podido repartir al enemigo en la misma hecatombe, sin haber podido devolver golpe por golpe, sin la suprema delicia de morir en el fragor del combate, de morir, en fin ¡pero matando!... ¡Oh! sí,... de morir con el orgullo de que esa muerte será vengada con la carnicería del Invasor inicuo!... Pero caer, sentirse herido, adivinar que se va á sucumbir sin combate, eso era espantoso y desesperante para nuestras bravas tropas!...

No querían estar á la expectativa, inútilmente alineados en la llanura como fácil carnaza de los cañones contrarios.

¡Nuestros soldados frenéticos pedían á sus jefes se les permitiera el placer de lanzarse á bayoneta calada sobre el atroz invisible enemigo que con toda tranquilidad y sin peligro los despedazaba desde lejos!

— ¡Á la bayoneta! ¡Á la bayoneta! ¡Sobre ellos! ¡Viva la República! ¡Viva México! — gritaban aquellos valientes en medio del estruendo de las descargas enemigas.....

Los oficiales no podían contener á la tropa, y en vano también los jefes intentaban aplacarla gritando á su vez:

— *¡Un momentito y nos vamos sobre ellos!..... ya los tenemos acorralados, espérense, espérense, ya nos va á tocar la nuestra!* Y así rugían los oficiales y así se desesperaban.

Pero la tropa, siempre batida por los fuegos del adversario que la cañoneaba á su sabor, llegó á indignarse á tal extremo que exigió atacar á la bayoneta á las mismas baterías americanas, amenazando con abandonar el campo si no se lo permitían. ¡Sublime espontaneidad patriótica!

El general Arista, que había visto el fracaso completo de su plan, rechazada la caballería de Torrejón por su izquierda; inútil el atrevido y heroico movimiento del cambio de frente de toda su línea de batalla, permitió al fin que aquella con sus regimientos y batallones cargara sobre el frente americano.

¡Pero era ya demasiado tarde! Nuestros valientes, fatigados, hambrientos, exhaustos, avanzando en prolongada línea, se desordenaron atropellándose unos á otros, batidos incesantemente por el fuego del invasor que fué menguando poco á poco, sin que por fin, habiendo aquél retrocedido velozmente pudiesen los nuestros atravesarle el pecho con sus bayonetas, — ¡lamentablemente vírgenes! — hasta el término de esta batalla que, aunque indecisa, fué para nuestra



patria una heroica hecatombe — acaso inútil sacrificio — y para sus enemigos poderosos, impune y acertadísimo cañoneo!

Vino la noche. El general Taylor retiró hacia el campamento de sus reservas las fuerzas de su línea activa, parapetándose tras el espeso reducto que hubo de improvisar con sus centenares de carros, no escaseando tupidos cordones de centinelas entre los atrinchamientos de sus grandes guardias, en tanto que el general Arista retrocedía también de aquel sombrío campo de batalla, tan copiosamente abonado con sangre mexicana.



## II

### LA RESACA DE GUERRERO

Al amanecer del día 9 de Mayo, las fuerzas mexicanas que habían acampado la noche anterior en la colina que quedaba á la derecha del campo de batalla de Palo Alto, se retiraron por el camino de Matamoros, sosteniendo esta contramarcha una sección mixta al mando del general Ampudia, la que permaneció frente al enemigo, que no se movió de sus posiciones en el instante.

El general Taylor después de la batalla había reunido en su campo una junta de guerra para decidir de las operaciones que debían seguir después del choque con las fuerzas mexicanas, prevaleciendo entre sus oficiales la opinión de que debían atrincherarse en *Palo-Alto* ó retroceder al *Frontón* en espera de refuerzos. ¡Tal había sido el brío y la bizarría que habían demostrado nuestros pobres soldados bajo el terrible fuego de las baterías americanas en aquella para ellos tan sangrienta jornada!

¡Ah! si el general Arista en vez de haber dejado inmóvil horas enteras su línea de batalla ante el

plomo y la muerte que el enemigo impunemente le prodigaba hubiese dado oídos al valor y al denuedo de nuestras tropas que pedían á gritos cargar á la bayoneta, habrían acaso llegado hasta aquellos malditos cañones, dando un giro decididamente triunfal á la batalla!

Si ésta quedó indecisa haciendo estéril tanta bravura, fué por haberse obstinado el jefe mexicano en su plan primitivo, ignorando el axioma táctico elemental de que las disposiciones primeras del combate se modifican según las circunstancias y los movimientos ó actitud imprevista del enemigo.

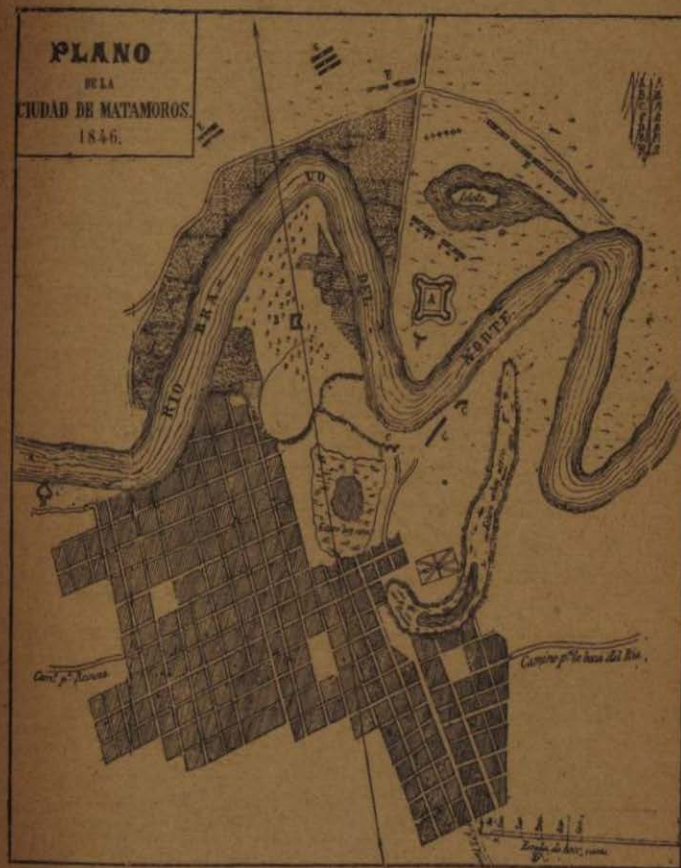
Por infructuoso que hubiese resultado el ataque desde un principio, no habría sido mayor el número de víctimas nuestras, y sí muy considerable las del adversario, lográndose siquiera que los soldados mexicanos tuvieran la satisfacción y el marcial consuelo de caer combatiendo, de morir matando, de que no sólo su sangre hubiese empapado el campo!...

El general Taylor optó por seguir adelante en persecución del ejército mexicano. Así se ejecutó, dejando en Palo Alto su tren de carros escoltado por la primera brigada y 4 piezas de artillería, partiendo el grueso de las fuerzas á la una de la tarde, precedidas por una fuerte y ligera descubierta de cerca de 600 dragones, cazadores y rifles, descubierta que avanzó cautelosamente por los flancos del camino, atravesando por entre espesos chaparrales.

El ejército mexicano había acampado en una barranca poco profunda que atraviesa el camino oblicuamente, limitada en sus extremos por terrenos boscosos y charcos de aguas estancadas.

Los batallones de Zapadores, 6° de línea, 10° y 1° de

infantería, y 2° ligero se colocaron á la derecha del camino, y á la izquierda el batallón y compañía guarda



costa de Tampico; á retaguardia de la derecha se situó el 4° batallón y cubriendo el flanco izquierdo al *regimiento de Canales* con dos piezas de artillería. Á la extrema retaguardia, como á 300 metros, se instaló la

caballería sobre el camino, colocándose el parque y los trenes á su izquierda, en medio de un bosque.

Como se puede observar por lo anterior, y la simple inspección del plano respectivo, la izquierda es notablemente débil siendo por otra parte flanqueable, y precisamente tras ese mismo extremo se instalaron los trenes y parques.

Inmediatamente que se acampó, el general Arista, que no creía ser atacado ese mismo día, ordenó que la artillería desenganchara y la caballería quitase hasta las bridas á sus caballos.

El adversario en tanto avanzaba sobre nuestra posición, decidido á atacarla si la encontraba en circunstancias favorables para ello.

Á las dos y media de la tarde, sus avanzadas empezaron á hacer un audaz reconocimiento acercándose mucho á nuestra izquierda. Fueron recibidas á cañonazos, lo que las obligó á replegarse hasta fuera de tiro, haciendo alto para esperar al grueso de las fuerzas americanas.

Advertido el general Arista de la proximidad del enemigo, no dictó providencia alguna para recibirlo, obstinándose en creer que no lo atacaría.

Á las cuatro y media de la tarde, el general Taylor hizo cargar á sus fuerzas sobre nuestra izquierda apoyadas por una batería situada á un lado del camino.

Todavía á la noticia de este ataque, que fué repelido durante breve tiempo por nuestra batería y las escasas tropas de la izquierda, y no obstante el estruendo del cañoneo y la fusilería, siguió empeñándose el general Arista en que aquello no era sino una escaramuza de reconocimiento; pero precisamente en aquel instante, un regimiento de dragones americanos cargaba al

galope sobre la batería de la izquierda, apoderándose de ella. El general Díaz de la Vega acudió con un batallón de 2ª línea á rechazar el asalto, trabándose una encarnizada refriega en la que nuestros infantes arrebataron los cañones que había tomado el enemigo. Entran entonces en combate otros regimientos americanos á los que se opone el 2º ligero, y las compañías de cazadores del 4º, y del 6º, cuyos capitanes hacen prodigios de valor, animando á su tropa á resistir á fuego y bayoneta.

Los valientes oficiales mueren frente á los contrarios que todo lo arrollan apoyados por sus cañones y al empuje de su poderosa caballería. Esta, al fin penetra en la barranca introduciendo el desorden y rebasando luego la izquierda va á apoderarse de los bagajes, trenes y parques que no ha habido tiempo de retirar.

Mientras tanto, todos los cuerpos de la derecha encajonados en la cavidad de la barranca, han permanecido intactos, pero han escuchado el fragoroso y repentino estruendo de la lucha, del choque de todo el ejército enemigo que ha caído sobre el ejército mexicano acuchillándolo dentro de aquella barranca como en una trampa... ¡Y el general Arista, el general en jefe que con su adversario encima no ha salido de su tienda! ¡Atroces momentos!

Entonces fué cuando en medio de aquel combate desigual, de aquel acuchillamiento feroz de nuestra izquierda, entonces fué cuando surgió al fin de todos los pechos el grito, el eterno grito de los vencidos por la ineptitud ó la envidia recíproca de los jefes, el grito de « traición »....

— ¡Traición! — ¡Traición! — clamaron entonces nuestros soldados y todos los batallones de la derecha

que no habían combatido aún, todos aquellos valientes cuerpos tan dispuestos antes á la lucha sangrienta y horrible, á la abnegación, al sacrificio y á la muerte, despechados, llenos de odio hacia los miserables que así los vendían y los entregaban al enemigo para que los acuchillara á su gusto, sabiendo que todo era inútil, se desbandaron en un instante, echando á correr por entre los matorrales y los arbustos, rumbo al río Bravo... ¿Á qué combatir; á qué pelear hasta la muerte si de nada serviría su heroísmo, si de todos modos la traición los había de entregar á sus enemigos?...

¡Muy tarde llega á comprender Arista toda la verdad del ataque á fondo de Taylor! Sale frenético de su tienda, cuando ya todo es desorden y confusión, cuando la muerte y la derrota están ya en su campo.... Monta á caballo y corre á ponerse al frente de la caballería que ha permanecido también intacta é inútil en aquel terreno tan impropio para sus maniobras; la arenga rápidamente conteniendo un principio de desmoralización; luego se lanza á cargar con denuedo sobre los cuerpos enemigos que ya ocupan la barranca y los bosques laterales del camino; pero desde allí los infantes americanos hacen un fuego certero y terrible sobre nuestros bravos jinetes que son fusilados á quemarropa, sin la dicha de que el hierro de sus lanzas se enrojecza en enemiga sangre.

Todo es ya inútil, la derrota se ha consumado y ahora es preciso hacer la retirada de las tropas lo menos desastrosa posible.

En todas direcciones huían los soldados buscando el río para pasarlo á todo trance y escapar de la persecución del tan fácilmente victorioso Americano.

El general Arista, con la caballería, atravesó por la

villa de Ampudia; el general Canales con su regimiento, gran número de dispersos y dos piezas de artillería, pasa un poco más arriba, en tanto que algunos valientes jefes forman en batalla los cuerpos menos desmoralizados para resistir al enemigo si intenta una activa persecución, sosteniendo la retirada del resto de las dispersas tropas mexicanas. Mas por fortuna el general Taylor se dió por satisfecho con tan inesperado y completo triunfo, no ordenando acometida alguna sobre los fugitivos, acaso por encontrarse muy maltratada su caballería y también el temor de que la nuestra que en gran parte no entró en combate y que se había retirado con todo orden, hiciera una vuelta ofensiva.

Tal es á grandes rasgos la fatal jornada de la *Resaca de Guerrero*. En ella se presenta un lúgubre cuadro en que aparece sombríamente la más siniestra de las derrotas después de un ataque de fuerzas potentes y bien dirigidas hacia el extremo de un campamento apenas defendido.... Allí se vé el sable norte-americano pesado y filoso, hiriendo á mansalva los batallones mexicanos tras algo como una sorpresa inaudita!...

¿Qué sucedió allí con nuestras pobres fuerzas mexicanas poco antes tan heroicas y dispuestas al combate?... ¡Cómo! ¿Qué no hubo en esa lucha como en la de *Palo-Alto* el despliegue airoso de las banderas y estandartes, en tanto que el fuego de las baterías diluía el hierro sobre nuestras filas?... ¿No se prodigó el sacrificio, la abnegación y la sangre?... ¿Por qué la más funesta catástrofe y el más inconcebible pánico vuelven á dar á nuestro ejército el latigazo de la derrota?...

Ya lo hemos apuntado con profunda tristeza: es la

discordia odiosísima, la falta de confianza en los jefes y el abatimiento de las tropas despreciadas, lo que produjo el total desastre, originadas estas circunstancias á su vez por la ineptitud de los generales, sus horribles rivalidades, criminalísimas, y como siempre, la falta de cohesión en sus operaciones, aparte de una fatuidad ostentosa, indisciplinable en un militar, creyendo ellos entonces que serian inatacables por un enemigo que desconocían, ignorando en lo absoluto todos sus elementos de defensa y ataque y toda la energía y presteza de las maniobras que sabían ejecutar, contando además con excelente armamento y jefes diestros y unidos que obraban siempre con decisión y rapidez. Porque en verdad estaba perfectamente organizado el ejército adversario.

Y esta ignorancia, esta falta de datos acerca del enemigo, sumada con las anteriores cantidades, produjeron el fatal resultado de la derrota de la *Resaca de Guerrero!*

¡ Y qué terribles iban á ser las consecuencias de esa catástrofe!...

Nunca los generales mexicanos de entonces pudieron adivinar la tremenda significación de sus egoísmos y de aquellas rivalidades, acostumbrados como estaban á que fuesen puestas á precio sus espadas por las ambiciones políticas, cual si se estuviera en nuevo irrisorio feudalismo. No, nunca pudieron creer que todas sus misérias estallando frente al enemigo á la hora de la contienda, habrían de acarrear por sus menguadas envidias los horrendos desastres de tan malhadada campaña!

La noticia de la derrota de Arista en la *Resaca de Guerrero* repercutió fúnebremente en los ámbitos de



la República, llevando la consternación y el desaliento á los espíritus más levantados, á las almas más encañadas con el ensueño de rápidas y brillantes victorias que habrían de cubrir con laureles frescos nuestras hermosas banderas tricolores!

Ya desde entonces, el entusiasmo y el orgullo que alentaba la Nación creyéndose inatacable, ufana con las pasadas glorias de nuestra Guerra de Independencia, sufrió una crisis de abatimiento previendo las futuras catástrofes...

Y esa crisis en forma de pánico cundió en las filas del ejército, de aquel valiente *ejército del Norte* del que ya en plena desmoralización, vencido, derrotado, hambriento y sin confianza en sus jefes, nada podía esperarse.

Y en efecto, nada más desolador que el espectáculo que las tropas mexicanas presentaban en la ciudad de Matamoros días después de las funestas jornadas de Palo-Alto y la *Resaca de Guerrero*.

Allí las hizo acuartelar malamente, amontonadas y maltrechas, el general Arista frente á las robustas huestes enemigas que más y más sólidamente engrosadas, se instalaban fuertemente tras de seguras posiciones á la margen opuesta del río Bravo, amenazando pasarlo para asaltar la plaza.

Arista no creyó prudente resistir en aquella villa que tan fácil era para embestirse y más aún por un ejército victorioso, sólido y confiado en la voluntad de jefes inteligentes y veteranos. En vano el general mexicano trató de arreglar un armisticio con Taylor; éste se negó á concederlo y no hubo más remedio que evacuar Matamoros, entregando la plaza á merced del enemigo que habría de pasar el río muy tranquila-

mente yendo sus tropas como de paseo, sin recibir un solo cañonazo de los tristes y abandonados reductos mexicanos.

El día 18 de Mayo, dió principio la funesta retirada de nuestro abatido *ejército del Norte* dejando en Matamoros equipajes, depósitos, parque inutilizado, armas destruidas y unos 400 heridos, abandonados á la generosidad del adversario, que ocupó al punto la plaza.

Nada más desastroso, ni que tanto partiera el alma, que el aspecto que presentaban las tropas mexicanas en aquella retirada tristísima.

Más de 4000 hombres semidesnudos, enfermos unos, macilentos otros, todos extenuados por las fatigas y el escaso y pésimo rancho, llevando en su corazón el más profundo desaliento y la más negra tristeza, con la vergüenza de las derrotas pasadas y el atroz presentimiento de las futuras, marchaban en informe columna, baja la cabeza, inundando con sus masas los caminos que se internan en los desolados campos que se extienden entre Matamoros y Linares.

Abría la marcha el general en jefe con la 2ª brigada de infantería, la artillería y las carretas del parque tiradas por bueyes; seguía la 1ª brigada de infantería, cubriendo la retaguardia la caballería. ¡ Ah! para mayor mengua de muchos de aquellos jefes, tenemos que consignar que, « *mientras un acopio considerable de parque quedaba abandonado; mientras se dejaban clavadas las piezas de artillería; mientras los infelices soldados tenían que ir cargando los calderos en que habían de hacer sus comidas, hubo varios generales que llevaban muchas mulas de carga con sus trenes, sus equipajes y cuanto podía servir para su comodidad y recreo!...* »

El día 19 se llegó al punto del Ebanito, donde se tuvo noticia de que 300 caballos americanos habían salido en persecución del ejército, tomándose las precauciones necesarias para evitar una sorpresa. Las jornadas siguientes fueron más y más penosas por la falta de víveres y sobre todo, de agua, y aunque el día 21 cayó un gran chubasco, esto aumentó la fatiga del soldado por haberse inundado los caminos y tener que atascarse las columnas en el fango. El parque y parte de la artillería tuvo que ocultarse en los bosques por falta de animales de tiro; la caballería fué perdiendo sus caballos y los jinetes tenían que seguir á pie cargando sus monturas. Los infantes más robustos conducían á mano la artillería... ¡ Ya podrá imaginarse lo que sería aquel ejército, atravesando jadeante y sediento, desnudo y exhausto, aquellos desiertos! Bien pudo destruirlo el general Taylor si emprende con su buena y fuerte caballería una activa persecución como era de su deber hacerla, militarmente hablando.

El 28 de Mayo se llegó por fin á Linares, y el 3 de Junio se recibía la orden de separación del mando, del general Arista, quedando nombrado en su lugar el general Francisco Mejía.

Había terminado la primera etapa de la infausta campaña: en 9 ó 10 días habíamos perdido dos batallas y una importante plaza.

He aquí para terminar el sombrío cuadro que con tanta amargura esbozamos, lo que acerca de ello dice un juicioso \* historiador testigo de la enorme tragedia:

« En tan breve campaña quedaban ya contrapuestos y determinados los principales rasgos característicos

\* José María Roa Bárcena.

de ambos combatientes, así como su organización y sus elementos de ataque y defensa. El invasor fuerte ya por la superioridad física de su raza, lo era aún más por la superioridad indisputable de su armamento en general, por lo numeroso y potente de su artillería y de sus caballos, por el arreglo y precisión de su parque, la abundancia de sus víveres, el completo y esmerado servicio de sus trenes y ambulancias, la rapidez é impetuosidad de sus movimientos y la subordinación y la confianza de la oficialidad respecto de sus jefes. En nuestras filas el valor y la decisión eran iguales ó superiores; mas la mutua confianza no existía entre jefes y oficiales; el armamento era antiguo y defectuoso; poca y de cortísimo alcance la artillería; casi del todo inútil la caballería; lentos y pesados los movimientos, ocasionando esto en los combates gran pérdida de vidas; por último, se carecía casi por completo de ambulancias, depósitos de víveres y todo lo necesario al buen servicio de un ejército en campaña. Cuando el nuestro atraviesa el Bravo para ir á atacar al enemigo, emplea en ello veinticuatro horas por tener que hacerlo en dos chalanes, y da tiempo á Taylor para emprender movimientos y elegir posiciones: cuando regresa derrotado, se ahogan multitud de soldados por la misma carencia de barcas: en Palo Alto no hay un solo médico ni un miserable botiquín para atender á los heridos: en Matamoros quedan abandonados equipajes, parque y cañones por falta de carros y de tiros ».

